

Ironizar y novelar la estafa

Thackeray ofrece una buena dosis de humor británico al escribir sobre turbios negocios

La historia de Samuel Titmarsh y el gran diamante Hoggarty

William M. Thackeray
Traducción de Ángele de los Santos
Periférica. Cáceres, 2014
256 páginas. 17,90 euros

Por José María Guelbenzu

NARRATIVA. EL ACRE SATÍRICO AUTOR de *La feria de las vanidades* no se parece mucho al bondadoso y más tierno autor de este libro que comentamos; sin embargo, la persona es la misma. Thackeray fue un hombre bien distinto a su contemporáneo Charles Dickens: toda la vitalidad que éste puso en sus novelas, incluso en las últimas y más amargas, toda la intuición que guiaba sus historias, contrasta con la crítica sobriedad de su colega. Thackeray, ferviente victoriano de estricta moral burguesa, excelente escritor satírico, pero en última instancia contenido, y de un elegante clasicismo, lúcido y comprometido con la realidad aunque reprimiendo el lado romántico al que, con todo, pertenece histórica y literariamente, es, con George Eliot, las hermanas Brontë y el mencionado Dickens, uno de los más grandes representantes de la narrativa inglesa del periodo victoriano.

La historia de Samuel Titmarsh es un libro menor y ejemplarizante que su editor español edita muy oportunamente, por su coincidencia con los tiempos que estamos viviendo. Es la historia de una estafa monumental, como cualquiera de las que se han enseñoreado de nuestro país en estos tiempos de inmoralidad pública, de las del tipo pirámide, en que un tipo (el señor Brough, excelente personaje) monta una empresa dedicada a acarrear dinero de inversores grandes y peque-

ños, dinero que diluye entre diversas subempresas hasta que un día la quiebra de la matriz pone al descubierto todo el tinglado y huye al extranjero.

Thackeray se apoya en Samuel Titmarsh, un joven de escasos recursos y alma cándida para exponer una estafa y trazar la ejemplaridad de un hombre honesto. La novela, pues, tiene mucho de reflexión moral sobre esa lacra de los individuos o corporaciones que se aprovechan de la buena disposición (y tam-

rista más contenido y más satírico, y su crítica de la realidad es más lúcida que vital, pero sus personajes y, sobre todo, sus construcciones literarias son espléndidas.

El lector de este libro encontrará, por ejemplo, un episodio dickensiano y de la época: el ingreso en la cárcel de Samuel Titmarsh y su familia por deudas, y aunque no hallará un personaje tan singular y maravilloso como Micawber, quizá hasta se le escape una lágrima de compasión por el aciago destino del hijo de Titmarsh. Hay en esta historia abundancia de nobleza y de maldad, corazones impolutos y corazones indiferentes, amistades incondicionales y rechazos oportunistas cuando no verdaderamente crueles, todo ello dentro de esa parte de la moral victoriana que acude finalmente a los buenos sentimientos para arreglar las cosas. No es, pues, éste, el poderoso autor de *La feria de las vanidades*, ciertamente, pero sí el estuendo satírico que sabe contar una historia perfectamente medida y resuelta, divertida y llena de personajes sugestivos.

El relato contiene, naturalmente, una moraleja que el mismo Titmarsh explica: "Aunque yo no soy un hombre de letras, mi primo Michael (...) dice que mis memorias pueden ser de alguna utilidad para el público (...); y en ese caso estoy encantado de ser de utilidad para él y para los demás y con esto me despido, pidiendo a todo aquel que lea esto que sea cauto con su dinero, si lo tiene; que sea aún más cauto con el dinero de sus amigos; que recuerde que los grandes beneficios implican grandes riesgos y que los grandes y astutos capitalistas de este país no se conformarán con recibir el cuatro por ciento si creen que pueden conseguir más". Pura actualidad hispana. •



William Thackeray. Foto: Getty Images / Culture Club

bién ambición mal medida de la gente) para tejer sus turbios negocios. La novela incluso podría haber sido ñoña de no ser por esa arma tan propia de la literatura británica y, en especial, de Dickens y Thackeray; el humor y la ironía. Thackeray, admirador de *Pickwick*, es un humo-

do de sus amigos; que recuerde que los grandes beneficios implican grandes riesgos y que los grandes y astutos capitalistas de este país no se conformarán con recibir el cuatro por ciento si creen que pueden conseguir más". Pura actualidad hispana. •



Argonautas nórdicos

Navegantes del tiempo

Sjón
Traducción de Enrique Bernárdez
Nórdica. Madrid, 2014
152 páginas. 16,50 euros

Por José Luis de Juan

NARRATIVA. TRAS *EL ZORRO ARTICO* y *Mara-villas del crepúsculo*, nos llega otra obra del islandés Sjón (Reikiavik, 1962) que, como las anteriores, mezcla diferentes géneros, haciendo malabarismos no siempre logrados, pero originales. Esta novela recoge el episodio de los argonautas en su recuperación del vellocino de oro y lo inserta en el relato de navegación de un aburrido personaje, Valdimar Haraldsson, que se dedica a propagar en una revista la teoría de que la raza nórdica debe su superioridad física a la dieta de pescado. Gracias a esto ha sido invitado a una travesía de un barco mercante danés por el mar Negro. En él lleva un diario de los días, con las escalas y el menú que sirve el cocinero, en el cual apenas aparece el pescado. El relato se aviva con la entrada en escena de Céneo, segundo de abordaje, quien se dedica a contar cada noche una historia de sus aventuras con los argonautas. Tras aplicar al oído una astilla que procede de la roda del *Argo*, la narración fluye y narcotiza a los oyentes, que, por otro lado, no tienen otra distracción, como no sea la mujer del mayordomo, el personaje más interesante de la novela. Céneo aborda la llegada de los navegantes a Lemnos y la visita al palacio de la reina Hipólita. Como la isla ha quedado des poblada de hombres, los argonautas tienen mucho que hacer. Por desgracia, Sjón pasa de puntillas sobre tales trabajos. Y Haraldsson va intercalando sus comentarios sobre el viaje y sus extraños compañeros. Si bien la escritura del islandés a veces desconcierta, la comparación que algún entusiasta ha hecho con Calvino y Borges resulta como mínimo un tanto exagerada. •

Muy medidas meditaciones

Divinas comedias

James Merrill
Traducción de Jeannette L. Clariond
y Andrés Catalán
Vaso Roto. Madrid-México, 2013
117 páginas. 16 euros

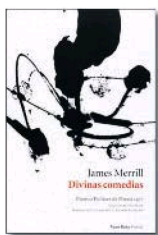
Por Ángel Rupérez

POESÍA. PUBLICADO EN 1976 y ganador del Premio Pulitzer, *Divinas comedias* marca un paso adelante en la poesía del poeta estadounidense James Merrill (Nueva York, 1926-Tucson, 1995), autor más tarde de títulos decisivos como *The changing light at Sandover*. De una poesía que podríamos llamar preciosista a otra que podríamos llamar, a falta de mejor nombre, *autobiográfica*, donde lo que predomina es la introspección y el autoanálisis,

sin olvidar la atención a las cosas, protagonistas en sus poemas de ráfagas llenas de plenitud existencial. Una cosa, sin embargo, permanece: el predominio de la métrica y la rima, de las que Merrill se muestra un consumado dominador, a la manera de Auden, cuyo eco resuena fortísimamente en su poesía.

Lógicamente, ese aspecto regulador de sus poemas se pierde por completo en esta buena y competente traducción, pero, a cambio, permanece el lado que siempre permanece si la poesía no tiene los pies de barro: permanece un determinado abordaje de la existencia, en este caso marcada por un permanente tira y afloja entre la tentación de tirar la vida a la basura o rescatarla y darle algún tipo de sentido, sea el que sea. Esta ambivalencia está plenamente representada en el mejor poema de este libro, el titulado *Perdido en la traducción*.

En él se propone la idea de la vida como un rompecabezas que llegamos a armar, pero que, al final, se desploma, como la vida misma. A esa idea central se añade otra propuesta simbólica: la vida es como una traducción de una lengua a



otra —Rainer Maria Rilke traduciendo a Paul Valéry—, llena de pérdidas. Por tanto, todo es pérdida: el rompecabezas se desploma; el poema original se pierde en la traducción. Sin embargo, Merrill se salva y nos salva: "Pero nada se pierde", dice al final del poema, como también afirma: la traducción transforma "lo perdido... en leche y memoria", es decir, en garantía de vida.

Para llegar a ese puerto, Merrill construye sus poemas con continuos saltos temporales, poniendo en práctica un proustianismo radical, donde la infancia

actúa como soporte y cimiento, al que siempre se vuelve. En ocasiones, las atmósferas viciadas, llenas de calamidad y sangre —véase el buenísimo poema *Yámi-na*—, hacen pensar en Baudelaire, pero hay siempre en Merrill una cierta sensación de rescate, a través de huidas, retornos llenos de memoria, o una naturaleza que vuelve con sus cánticos, como en el poema *Última voluntad*, después de una compleja peripecia donde la pérdida vuelve a amenazar: "Ya hay pequeños soles insensibles / que empiezan a volver, y bocanadas de intensa colonia —limoneros con frutos y en flor al mismo tiempo—... / ... las palomas y los pinzones / en su hogar entre el ramaje / bajo el resplandeciente calor...".

La gran tradición inglesa en medio de las suculentas filigranas constructivas, pasadas por escenarios griegos —James Merrill vivió largas temporadas en Grecia—, más Marcel Proust, más Wystan Hugh Auden, más Wallace Stevens... A no olvidar el excelente prólogo de la también poeta Jeannette L. Clariond, muy útil para orientarse por entre estas densas meditaciones. •